



ARTÍCULO | ARTIGO

Fermentario N. 8, Vol. 2 (2014)
ISSN 1688 6151

Instituto de Educación, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación,
Universidad de la República. www.fhuce.edu.uy

Faculdade de Educação, UNICAMP. www.fe.unicamp.br

Filosofía, Prácticas de Sí y Arte de Vivir

Oscar Orlando Espinel Bernal**

RESUMEN

La filosofía en el mundo griego es concebida y practicada en un sentido eminentemente pedagógico toda vez que ella propende por el cuidado de la conducción de las conductas de los individuos y la formación del espíritu. Así, la filosofía en el mundo griego se destaca como actividad psicagógica que en términos de Hadot, implica una conversión, una elección existencial y una forma de vida. Estas ideas están próximas a lo que Foucault definiera como "prácticas de sí sobre sí" en el marco de la estética de la existencia. Una filosofía que implica la confrontación permanente como *tékhne tou bíou*, presenta nuevos retos e interrogantes a las prácticas de enseñanza de la filosofía y a las prácticas filosóficas mismas, pues nos ubica en el terreno de lo ético y lo político. Desde este escenario se proyecta la presente indagación respecto a las relaciones entre filosofía, psicagogía y pedagogía junto a lo cual se propone la revisión de las

** Docente e Investigador del Departamento de Filosofía de la Corporación Universitaria Minuto de Dios – UNIMINUTO y de la Facultad de Educación de la Universidad Pedagógica Nacional – Bogotá, Colombia. Estudiante del Doctorado en Filosofía de la Universidad de Buenos Aires. Magister en Educación de la Universidad Pedagógica Nacional, Especialista en Pedagogía del mismo centro universitario y miembro líder del Grupo de Investigación *Pensamiento, Filosofía y Sociedad* de UNIMINUTO. Correo electrónico oscar.espinel@yahoo.com.

implicaciones ético-políticas de una filosofía entendida como cuidado de sí, actividad terapéutica y ejercicio espiritual.

PALABRAS CLAVE

Arte de vivir, enseñanza de la filosofía, filosofía, pedagogía, prácticas de sí sobre sí, psicagogia.

ABSTRACT.

The philosophy in the greek world was conceived and practiced in an eminently pedagogical way because its aim was the care of conduction of conducts of individuals and spirit formation. Thus, philosophy in greek world stands out as psychagogical activity that in Hadot terms, involves a conversion, an existential choice and a way of life. Such ideas are so close to Foucault has defined as "Practices of the Self on itself" in the context of his aesthetics of existence. A philosophy which involves permanently confrontation as *tékhnē tou bíos*, presents new challenges and questions to the philosophical teaching practices and philosophical practices themselves, because puts us in ethical and political fields. Since this terms is proposed this inquiry in order to regard the relationship between philosophy, psychagogy and pedagogy together with the revisión of ethical-political implications of a philosophy considered as care of the self, therapeutic activity and spiritual exercise.

KEY WORDS

Art of living, pedagogy, philosophy, practices of the self on itself, psychagogy, teaching of philosophy.

La enseñanza de la filosofía en las aulas de las escuelas y universidades contemporáneas ha conducido a la filosofía hacia un academicismo que reduce a la filosofía y dentro de ella a la ética, a un museo inerte de doctrinas, teorías y grandes nombres. Esta formalización de la filosofía la ha hecho un asunto distante, tedioso y muy enredado dentro de las esferas no filosóficas pues además de ello, la filosofía que como veremos más adelante fue practicada en sus inicios dentro del mundo griego como un asunto propio de la cotidianidad, se ha constituido en las sociedades modernas en asunto de pequeños y selectos círculos de especialistas. Lo que aquí nos proponemos, con ayuda del diálogo entre autores como Pierre Hadot y Michel Foucault pero sin encapsularnos en ninguno de ellos, es volver la mirada a la filosofía como ejercicio y forma de vida para intentar aportar algunos elementos que permitan superar la frialdad de dicho academicismo al que ha sido confinada. Este ejercicio se presenta como pretexto para repensar y retomar el sentido ético-formativo de la actividad filosófica, es decir, su dimensión psicagógica en el sentido griego del término.

Pero antes de revisar el sentido de la filosofía en el mundo griego y sus nexos con la *paideia*, quiero arriesgar algunas notas frente a la enseñanza de la filosofía a manera de preámbulo para la discusión que espero susciten estas líneas.

ACADEMIZACIÓN DE LA FILOSOFÍA

En primer lugar, se reflexiona muy poco frente a qué es la filosofía y lo que ella significa. En la escuela y en las aulas se enseña a los estudiantes sobre las filosofías, los diversos modelos o sistemas de pensamiento y los grandes hombres que componen el atlas filosófico de la historia de la humanidad (primordialmente la occidental). La pregunta por la filosofía es una pregunta que permanentemente se evade pues ella misma, de entrada, ya implica un ejercicio filosófico que se decide postergar para dar lugar a la enseñanza-transmisión de las filosofías. De esta manera, se enseñan los sistemas y doctrinas filosóficas pero se desconoce la práctica del ejercicio filosófico. Bajo este enfoque prima la información sobre la formación¹, es decir, se privilegia la capacidad de transmitir y acumular información y el adiestramiento de habilidades específicas. Prima la instrucción y reproducción mecánica sobre el pensar por sí mismo, la iniciativa² y la capacidad creadora. El disciplinamiento y la adaptación se imponen sobre el dar razón de los saberes. La respuesta, los procedimientos y los protocolos subsumen la pregunta, la crítica, la argumentación y la refutación.

En este sentido, el ejercicio filosófico no es algo que inquiete o interese ya que, tal como se ha evidenciado, prima el objetivo de informar y transmitir los datos y minucias de los sistemas teórico-conceptuales reconocidos como fundamentales. Por esta razón, el aprendizaje del estudiante y con ello, el éxito de la intervención del docente, se demuestran si el estudiante está en condiciones de reproducir los sistemas, doctrinas e ideas de los autores de turno mediante una gran diversidad de medios diseñados a través de la creatividad de los escolares y docentes.

Por otro lado, producto de la confusión entre los discursos filosóficos y la actividad filosófica, se piensa y se enseña, como lo plantea Hadot (2006, p. 11), que los problemas filosóficos son aquellos que han sido planteados, calificados como tal y tratados “rigurosamente” por los grandes “filósofos” de la historia. Ante esta creencia generalizada y normalizada, cabría formular la pregunta frente a qué es un problema filosófico, cuáles son sus características, en qué consiste

¹ Esta misma idea la encontramos en el texto de Zuleta *La Educación un campo de Combate*, en donde formula que “Se confunde educación con información” (Zuleta, 1995, p. 23).

² “Los profesores norteamericanos Gintis y Bowles, al analizar la educación norteamericana, sostienen que para el sistema capitalista es necesario formar no solamente un conjunto de individuos con determinados conocimientos, sino también con una determinada actitud, que es básicamente la renuncia a toda iniciativa” (Zuleta, 1995, p. 30).

una pregunta filosófica. Sin embargo, nuevamente, estas complejas inquietudes son marginadas para ocuparse de la revisión e inventariado de las múltiples maneras como fueron abordados dichos problemas dentro de la historia de la filosofía. Así pues, nuevamente se asume que la filosofía es el conjunto de teorías, conceptos e ideas de algunos sujetos reconocidos o enaltecidos por la historia como filósofos. Esta es la razón por la cual, en las escuelas se enseña historia de la filosofía o mejor, si me lo permiten, historia de las filosofías y no así, el ejercicio filosófico en cuanto tal. Aunque hay que decir que en este punto emergen una serie de preguntas relacionadas con las posibilidades y condiciones para que el ejercicio filosófico pueda ser enseñado. ¿Es posible enseñar el ejercicio filosófico? ¿Cómo se enseña un ejercicio, una práctica, una actitud, una forma o modo de ser? ¿Qué mutaciones, variaciones o desplazamiento tendrían que implementarse dentro de las prácticas de enseñanza de la filosofía para llegar a pensarse en un escenario en el que se lleve a cabo un ejercicio filosófico que por supuesto, no desdeñe la historia de la filosofía, ni la tradición, ni las ideas de pensadores actuales y de otras épocas y latitudes?

Esta historia de las filosofías objeto de enseñanza en los ambientes escolarizados asume, además, que dicha historia es una historia lineal en la cual van apareciendo por turnos las grandes ideas y sujetos que trascenderán su época. En consecuencia, circula en el aula una historia de la filosofía dividida en diferentes apartados de acuerdo al gusto o convicciones del docente e incluso, construida sobre los grandes bloques históricos hegemónicamente impuestos para el estudio de la historia de la filosofía. Es una historia compartimentada que desvanece los vínculos, problemas, contextos, situaciones que se entrecruzan en las formulaciones y planteamientos de los filósofos haciendo lucir a las ideas y sistemas filosóficos como constructos abstractos, aislados, autosubsistentes e independientes.

La filosofía academizada que Hadot llama “teoría de filosofía general” intenta construir grandes sistemas coherentes y autolegitimados a partir de los cuales se hace posible extraer conclusiones o inferencias que se traducen en formas de dirigir la vida de los hombres, las ciencias y la sociedad. Su propósito es garantizar la cohesión, certeza y solidez de los sistemas teóricos, mientras que para los griegos, creadores del concepto *philo-sophia*, ésta desempeñaba otra función muy diferente: el cuidado de sí formulado en la expresión *epimeleia heautou* (Foucault, 2009: 17). Dice Foucault en su curso en el Collège de France del 1982 sobre *La hermenéutica del sujeto*: “Me parece que esa *epimeleia heautou* (esa inquietud de sí, y la regla que se le asociaba) no dejó de ser un principio fundamental para caracterizar la actitud filosófica a lo largo de casi toda la cultura griega, helenística y romana” (Foucault, 2009: 24). La actividad filosófica, entonces, en su sentido originario conduce a ocuparse de sí mismo, a pre-ocuparse de sí para estar en posibilidad de conducir la existencia propia. El ejercicio filosófico así entendido y retomando a Foucault en la torsión ética que los especialistas le atribuyen al pensador francés hacia el final de su vida, conduce a una *estética de la existencia* en tanto producción de sí. “La estética de la

existencia, como se ha visto, describe un proceso de subjetivación que se opone a los mecanismos de sujeción” (Castro, 2008: 392). Es una ética del arte de vivir en tanto trabajo sobre sí mismo. Una *tékhnē tou bíou*.

La filosofía, en el mundo griego, se concibe y practica como un modo de vida. Pero, y esto es fundamental, no es un modo de vida que se adquiere al final de la actividad filosófica. Es una actitud y práctica permanente que se va configurando progresivamente en la medida en que se va poniendo en ejercicio. Por esta razón es un ejercicio que abarca la totalidad de la existencia y requiere coherencia, persistencia y constancia. De hecho, es considerado filósofo quien logra manifestar en su vida las creencias y doctrinas que formula y sigue. Ser filósofo en el mundo griego requiere ser coherente y consecuente con lo que se piensa y se practica. La filosofía no es algo constreñido a espacios y lugares específicos pues se pone en evidencia en la plaza pública, en la vida cotidiana. En este sentido, es más que un cúmulo de teorías o sistemas conceptuales estricta y rigurosamente articulados. Es una forma de vida que es a la vez, origen, proceso, producto y potencia. Las doctrinas filosóficas en la antigüedad, formula Hadot, parten de un modo de vida pero también constituyen, direccionan y producen dicho modo de vida. “El discurso filosófico se origina por tanto en una elección de vida y en una opción existencial, y no a la inversa” (Hadot, 1998: 13).

La tarea de la filosofía consistía en mostrar y justificar tanto la opción existencial como la concepción del mundo seguida. Por esta razón “El discurso filosófico teórico nace, pues, de esta inicial opción existencial y conduce de nuevo a ella en la medida en que, por su fuerza lógica y persuasiva, por la acción que pretende ejercer sobre el interlocutor, incita a maestros y discípulos a vivir realmente de conformidad con su elección inicial” (Hadot, 1998: 13).

En otras palabras, la actividad filosófica es resultado de la interacción entre, por un lado, la reacción crítica frente a otras actitudes y opciones existenciales; por otro lado, la concepción general frente a cómo vivir, y finalmente, un tercer elemento que confluye en la actividad filosófica, la decisión voluntaria de vivir de cierto modo. Así, este modo de vida que es a la vez origen, proceso y resultado en la interacción señalada, determina no sólo la doctrina filosófica de cada escuela griega sino también, el modo de enseñarla y practicarla. Por esta razón, el discurso filosófico procede de una elección existencial que asume cierto modo de entender y vivir la vida. En síntesis, es a partir de una cierta manera de vivir que surge determinado discurso filosófico por lo que en él (en el discurso filosófico) no se agota la actividad filosófica. Pero estas serán ideas que intentaré explorar en los siguientes apartados.

FILOSOFÍA Y PAIDEIA EN EL MUNDO GRIEGO

La filosofía en el mundo griego, como ya se ha presentado, es concebida, en estricto sentido, desde una función pedagógica, toda vez que ella busca conducir las conductas de los individuos o al menos, incitar a los individuos a ocuparse de dicha conducción de sí mismos. La filosofía como actividad pedagógica, entonces, intenta afinar las técnicas posibles para la consecución de una única finalidad: la formación del espíritu. Formación en el sentido de cultivar y extraer lo más excelso, favorable y perfecto del hombre. Obtener lo mejor de sí a partir de un ejercicio sobre sí. Esta formación del espíritu tiene que ver con el conocimiento de sí mismo y del *cosmos* en general y con la transformación de las formas de vida o conversión, como prefiere llamarlo Hadot. Ya lo veremos a continuación.

Para dar inicio a esta revisión, la tarea de la filosofía en el mundo griego es, insistamos en ello, la formación del hombre o para ser más exactos, con la formación del espíritu. Ya Jaeger (2010) nos anuncia que en el seno de la mentalidad griega la preocupación por el hombre desempeñó un lugar central. La cultura griega es una cultura antropocéntrica³. Y si el hombre es su principal preocupación su formación es la tarea más compleja, prioritaria y fundamental. Esta formación se distancia del simple adiestramiento según leyes exteriores impuestas al individuo. Es una formación que responde a la naturaleza misma del hombre, a las leyes naturales que lo constituyen y que está llamado a descubrir. Estas leyes del universo también operan y rigen los asuntos humanos de acuerdo a la noción de *cosmos* que comanda el pensamiento helénico. La idea platónica de educación expresa la esencia de la educación para los griegos pues la acción formadora se cierne entre el individuo y la sociedad, entre el ciudadano y la *polis*. La *polis* actúa como el modelo a seguir por el ciudadano en tanto entraña las leyes naturales del *cosmos*. Mediante la educación se crea al hombre virtuoso lo que hace a la educación una acción creadora: la creación del hombre⁴. Por ello se refiere a la educación como el arte de educar.

³ Ya desde las primeras huellas que tenemos de ellos, hallamos al hombre en el centro de su pensamiento. La forma humana de sus dioses, el predominio evidente del problema de la forma humana en su escultura y aun en su pintura, el consecuente movimiento de la filosofía desde el problema del cosmos al problema del hombre, que culmina en Sócrates, Platón y Aristóteles; su poesía, cuyo tema inagotable desde Homero hasta los últimos siglos es el hombre y su duro destino en el sentido pleno de la palabra, y, finalmente, el estado griego, cuya esencia sólo puede ser comprendida desde el punto de vista de la formación del hombre y de su vida toda: todos son rayos de una única y misma luz. Son expresiones de un sentimiento vital antropocéntrico que no puede ser explicado ni derivado de otra cosa alguna y que penetra todas las formas del espíritu griego. Así el pueblo griego es entre todos *antropoplástico*. (Jaeger, 2010: 11).

⁴ "Poner estos conocimientos, como fuerza formadora, al servicio de la educación y formar, mediante ellos, verdaderos hombres, del mismo modo que el alfarero modela su arcilla y el escultor sus piedras, es una idea osada y creadora que sólo podía madurar en el espíritu de aquel pueblo artista y pensador. La más alta *obra de arte* que su afán se propuso fue la creación del hombre viviente". (Jaeger, 2010: 11) El resaltado es mío. La creación del "verdadero hombre" como una "obra de arte" es una concepción que ya Jaeger encuentra en el mundo griego de la antigüedad. Es lo que en este texto planteamos como "arte de vivir" acudiendo a las lecturas cruzadas de Hadot y Foucault que hemos propuesto.

“Podemos ahora determinar con mayor precisión la peculiaridad del pueblo griego frente a los pueblos orientales. Su descubrimiento del hombre no es el descubrimiento del yo objetivo, sino la conciencia paulatina de las leyes generales que determinan la esencia humana. El principio espiritual de los griegos no es el individualismo, sino el "humanismo", para usar la palabra en su sentido clásico y originario” (Jaeger, 2010: 11- 12).

Por esta razón, siguiendo a Jaeger (2010), en el mundo helénico no es acertado referirse a un “individualismo”, es más adecuado hablar de un “humanismo”. Es decir, prevalece la idea de que el hombre pertenece al género humano. Pertenece a una naturaleza humana, a la humanidad de la cual deriva su esencia, su existencia como ser humano. Su esencia consiste en pertenecer a una humanidad y no en ser un individuo. Y a ello responde la formación griega que se expresa en la noción de la *paideia*:

“Significó la educación del hombre de acuerdo con la verdadera forma humana, con su auténtico ser. Tal es la genuina *paideia* griega considerada como modelo por un hombre de Estado romano. No surge de lo individual, sino de la idea. Sobre el hombre como ser gregario o como supuesto yo autónomo, se levanta el hombre como idea” (Jaeger, 2010: 12).

Por ello la educación en tanto acción formadora y con ella, la práctica filosófica, no son actividades que puedan realizarse en la soledad pues son, ante todo aunque no exclusivamente, una práctica junto con otros. De ahí la importancia del carácter dialógico de la filosofía y la preponderancia de las escuelas filosóficas como comunidades filosóficas en el escenario de la Grecia clásica.

La *paideia* griega es, entonces, la “acuñación de los individuos según la forma de la comunidad” (Jaeger, 2010: 12). Es decir, la adecuación de la acción y convicciones individuales a la idea de hombre alrededor de la cual se construye y organiza la comunidad, la *polis*. Pero este es un acto consciente, nunca impuesto, ni producto de la imitación o la obediencia ciega. Ante todo se trata de un ejercicio de reflexión individual a partir de la relación, comprensión e inmersión en la comunidad sustentado en el conocimiento de sí mismo y del *cosmos*. Prueba de ello es la potestad de discutir, debatir y cuestionar en el *ágora* y hasta cierto punto, las leyes y organización de la *polis*. De allí también el significado del ciudadano y en parte de la democracia; aunque, hay que recordarlo, en estricto sentido la democracia (gobierno del pueblo) no fue una forma de gobierno muy bien vista por algunos griegos, como el mismo Platón, ya que se presentaba como una desviación de la República (gobierno de la ley).

Esta formación del individuo a partir de un ideal de hombre no se desarrolla de manera rígida, inmóvil, abstracta e independiente del espacio y el tiempo. El ideal de hombre no es un esquema

vacío, absoluto y definitivo pues desde su concepción como ser finito y parte del *cosmos*, el hombre griego se sabe en camino hacia el *logos*, hacia la razón universal y la verdad (o lo que quiera que sea ella) por lo que sus concepciones, creencias y modelos están en permanente revisión, construcción, reflexión y disputa.

Pierre Hadot inscribe en esta idea la distinción entre el sabio y el filósofo dando a la filosofía un lugar preeminente en la cotidianidad existencial del hombre. Para Hadot, sólo los dioses pueden ufanarse de la auténtica sabiduría en cuanto signo de perfección; mientras que el hombre, por su condición finita, sólo puede aspirar a ella. Es la razón de ser del *philo-sophos*. Escuchemos al propio Hadot: “Gracias a estos ejercicios [los de la filosofía entendida como ejercicios espirituales] debería accederse a la sabiduría, es decir, a un estado de liberación absoluta de las pasiones, a la lucidez perfecta, al conocimiento de uno mismo y del mundo” (Hadot, 2006: 50-51). Y luego de hacer esta presentación de la sabiduría como estado de liberación producto del conocimiento de sí mismo y del *cosmos*, advierte el autor: “Este ideal de perfección humana sirve de hecho, según Platón y Aristóteles, según epicúreos y estoicos, para definir el estado característico de la perfección divina, y por lo tanto una condición inaccesible al hombre” (Hadot, 2006: 51). Se trata de un estado de imperturbabilidad al que se refiere la compleja noción griega de *ataraxia* y que sólo sería producto del ejercicio filosófico conducente a la sabiduría y al dominio de sí. Sin embargo, a pesar de ser un estado de perfección y lucidez absoluta derivada del conocimiento pleno y por tanto, exclusivo para los dioses, es el máximo ideal perseguido por los griegos como realización de su existencia. “La sabiduría equivale ciertamente a ese ideal hacia el cual se tiende sin llegar a alcanzarse, salvo quizá en el caso del epicureísmo. El único estado normalmente accesible para el hombre es la *philo-sophia*, es decir, el amor a la sabiduría, la progresión hacia la virtud” (Hadot, 2006: 51). Esta idea explica el gran valor que posee la filosofía dentro de la vida griega y la cual intentaremos ilustrar en los siguientes párrafos. Comprender el fenómeno filosófico en la antigua Grecia desde esta perspectiva nos permitirá mirar el mundo griego y la misma filosofía, desde otro horizonte y con nuevas herramientas.

EJERCICIOS ESPIRITUALES Y GOBIERNOS DE SÍ

Ahora bien, la filosofía, así lo entiende Hadot, es un ‘ejercicio espiritual’ que se encuentra presente en todos los pensadores y escuelas griegas. En este punto es preciso detenernos, muy rápidamente, para indagar el significado de la expresión ‘ejercicio espiritual’ referida a la filosofía. En primer lugar, en tanto ‘ejercicio espiritual’ no opera simplemente en el ámbito gramatical y conceptual por lo que no se trata, en los griegos, de una doctrina o teoría metafísica. La acepción de ‘ejercicio’ hace referencia a que la filosofía es precisamente eso, un ejercicio, una práctica, una actividad, un trabajo sobre sí mismo. En diferentes lugares Hadot se refiere al ejercicio filosófico como una terapia en tanto *ascesis* del yo. Precisamente, la dialéctica platónica, por ejemplo, ilustra

muy bien esta función ascética de la filosofía en tanto su valor se resalta más en su carácter formativo que en su uso para validar o sustentar una teoría o tesis. Plantea Hadot:

La dialéctica no sólo enseñaba a atacar, es decir, a conducir atinadamente interrogatorios, sino también a contestar desbaratando las trampas del interrogador. [...] Por eso la dialéctica platónica no es un ejercicio puramente lógico. Es más bien un ejercicio espiritual que exige de los interlocutores una ascesis, una transformación de ellos mismos. No se trata de una lucha entre dos individuos en la que el más hábil impondrá su punto de vista, sino de un esfuerzo hecho en común por dos interlocutores que quieren estar de acuerdo con las exigencias racionales del discurso sensato, del *logos* (Hadot, 1998: 75).

En suma, la filosofía es, en esencia, una práctica psicagógica en el sentido que es una acción sobre el espíritu para modelar, orientar, conducirlo hacia lo mejor. Brindar la tranquilidad, el gozo, el estado de imperturbabilidad y gobierno de sí, de las pasiones e instintos. Es el arte de educar el alma con el fin de prepararla en su camino hacia la sabiduría.

Por otra parte, pero en plena sintonía con este espíritu psicagógico de la filosofía, cuando Hadot emplea el término 'espiritual' no lo hace en su acepción religiosa, mística o teológica. La razón para su uso en el contexto de la comprensión de la filosofía, responde a la necesidad de aludir a un sentido mucho más amplio que el intelectual, o el del pensamiento, el de la moral o el psicológico. "La palabra «espiritual» permite comprender con mayor facilidad que unos ejercicios como éstos son producto no sólo del pensamiento, sino de una totalidad psíquica del individuo que, en especial, revela el auténtico alcance de tales prácticas" (Hadot, 2006: 24). Estos ejercicios trascienden el ámbito intelectual o moral, pues implican un cambio en la percepción del mundo y una metamorfosis de la personalidad por lo que el término espiritual alude tanto al pensamiento, a la imaginación, a la sensibilidad como a la voluntad. Implica una transformación, un cambio profundo en el ser. Una conversión en el sentido hadotiano que implica una reorientación o gobierno de la propia conducta como práctica de sí sobre sí.

Por todo lo anterior, la filosofía en la antigüedad supone un modo de vivir, una elección existencial, una forma de vida (Hadot, 2009: 146)⁵ y es en este sentido que se entiende como una ética del arte de vivir. Los ejercicios espirituales comprometen la totalidad del espíritu en tanto acción formadora tal como lo sugiere la actividad psicagógica de la filosofía. Se trata de formar en una vida filosófica. Lograr una conversión hacia un modo de vida filosófico coherente, consecuente y constante.

⁵ Precisa taxativamente Hadot: La filosofía antigua "es ejercicio espiritual porque es un modo de vida, una forma de vida, una elección de vida" (2009: 146).

Además de ello, se induce con estas ideas, la clara y fundamental diferencia entre el discurso filosófico y la filosofía, o si se prefiere, entre el discurso filosófico y una vida filosófica pues en los tiempos actuales y a partir, fundamentalmente de la subsunción de la filosofía por la teología del cristianismo medieval y la preocupación excesiva de la modernidad por el método, el discurso filosófico parece haber desplazado y usurpado el lugar de la vida filosófica⁶. Una amalgama constitutiva del ejercicio filosófico en la antigüedad. Recordemos que anteriormente hemos planteado que el discurso filosófico, al menos en la antigüedad, nace de una elección existencial, podríamos decir, de una vida filosófica; sin embargo, es claro que ello plantea una relación más no una identificación, es decir, ninguno se desvanece en el otro pues son dos extremos en permanente conjugación y tensión en la complejidad de la misma *tékhne tou bíou*. El discurso filosófico emerge de unas condiciones específicas materializadas en una forma de vida particular, y a su vez, esta vida filosófica se nutre del discurso filosófico en tanto producido a partir de dicha ejercitación. Esta diferenciación que de ninguna manera desdeña el aspecto discursivo y teórico-conceptual de la filosofía pero si denuncia el reducir la actividad filosófica a un conglomerado doctrinario, resalta el carácter práctico y existencial de la filosofía en la antigua Grecia. Un carácter existencial que distancia la práctica filosófica de un acumulado de teorías, conceptos, y contenidos tal como se ha extendido en el mundo académico.

Plantea Hadot en otro lugar del texto:

“Y sin embargo, tras esta apariencia de variedad, se percibe una profunda unidad, tanto en los medios utilizados como en la finalidad buscada. Los medios utilizados abarcan técnicas retóricas y dialécticas persuasivas, intentos de control del lenguaje interior, concentración mental. La finalidad que pretenden tales ejercicio y, en general, todas las escuelas

⁶ Plantea Noguera a este respecto remitiéndose a Foucault (2009): “Así, continúa Foucault, mientras en la antigüedad greco-romana la conversión, la modificación, al transformación del sujeto eran condiciones para el acceso a la verdad, en la edad moderna el sujeto no precisa modificarse o transformarse para llegar a la verdad, pues las condiciones son de otro orden. De una parte, el orden del propio conocimiento, es decir, condiciones de método, condiciones objetivas, estructura del objeto del conocimiento; de otro lado, del orden del orden del sujeto, es decir, condiciones morales (desinterés, honestidad), culturales (tener estudios previos, cierta formación), mentales (estar cuerdo)”. (Noguera, 2012: 45). Noguera hace notar que Hadot, en desacuerdo con Foucault, pone un poco más atrás este momento de escisión entre el discurso filosófico y la vida filosófica: “tal ruptura se produjo en la Edad Media, en el instante que la filosofía se convirtió en auxiliar de la teología y en el que los ejercicios espirituales se asimilaron a la vida cristiana, independizándose de la vida filosófica” (Hadot, 2006: 255). Noguera planteará una tercera tesis en los siguientes términos: “el saber del conocimiento, en términos de Foucault, corresponderían a aquello que denominaré el “modo sofístico” o el arte de enseñar; por su parte, el saber espiritual, la “espiritualidad” de Foucault o los “ejercicios espirituales” de Hadot, corresponderían a aquello que denominaré el “modo socrático” o filosófico del arte de educar” (Noguera, 2012: 46).

filosóficas consiste en la **realización y mejora de uno mismo**. Las diversas escuelas coinciden en considerar que el hombre, antes de la conversión filosófica, se encuentra inmerso en un estado de confusa inquietud, víctima de sus preocupaciones, desgarrado por sus pasiones, sin existencia verdadera, sin poder ser él mismo. Las diferentes escuelas coinciden también en considerar que el hombre puede liberarse de semejante estado y accede a una verdadera existencia, mejorar, transformarse, alcanzar el estado de perfección. Los ejercicios espirituales están destinados, justamente, a tal educación de uno mismo, a tal *paideia*, que nos enseñará a vivir no conforme a los prejuicios humanos y a las convenciones sociales (pues la vida en sociedad viene a ser en sí misma producto de las pasiones), sino conforme a esa naturaleza humana que no es otra sino la de la razón” (Hadot, 2006: 48-49)⁷.

Esta idea de la “mejora de uno mismo” coincide plenamente con la idea de las “técnicas de sí sobre sí” o “prácticas de sí sobre sí” expuestas en los estudios foucaultianos como los desarrollados en su curso del Collège de France entre 1981 y 1982: *La hermenéutica del sujeto* (Foucault, 2009). Foucault en sus últimos años vuelca su mirada hacia las escuelas filosóficas griegas pues encuentra en sus planteamientos algunas pistas en relación a la idea del gobierno de sí y de los otros. El ejercicio filosófico como práctica psicagógica es una acción sobre la propia existencia y en ese sentido, se presenta como una acción creadora, liberadora y en consecuencia, un ejercicio posibilitador y potencializador de contra-conductas. El arte de vivir es el arte de gobernarse a sí mismo como expresión de una estética de la existencia.

Así, la filosofía en la antigüedad griega es entendida como el conjunto de técnicas creadas, reflexionadas, seguidas y refinadas, con el fin primordial de incidir en el espíritu de los interlocutores, oyentes y lectores. En otras palabras, la filosofía, en el mundo griego, en tanto práctica, desempeña una tarea educativa específica (*paideia*) que no es precisamente la transmisión exclusiva de doctrinas, teorías y conceptos aunque ellas se requieran como herramientas del y para el pensamiento. Esta confusión y desplazamiento de la concepción de la filosofía inicia, de acuerdo con Hadot, con el surgimiento e influjo del cristianismo y posteriormente, la configuración y expansión del pensamiento moderno. Según Hadot, con el establecimiento y trasegar del cristianismo como sistema de pensamiento hegemónico, la filosofía se asimila, de manera muy particular, como teoría subsidiaria y disciplina auxiliar cuya tarea se restringiría a suministrar sistemas conceptuales para la fundamentación teórica de sus doctrinas teológicas y eclesiásticas⁸.

⁷ El resaltado es mío.

⁸ Cabe resaltar aquí, con cierto sentido de justicia y para evitar confusiones, que el mismo Hadot reconoce en el cristianismo primitivo el influjo y ejercicio de la filosofía como práctica de cuidado de sí, como forma de vida.

En suma, ¿Cuál es este sentido originario de la filosofía? Responde Hadot: “La filosofía se nos aparece originariamente no ya como una elaboración teórica, sino como método de formación de una nueva manera de vivir y percibir el mundo, como un intento de transformación del hombre” (Hadot, 2006: 56). Es este precisamente, el viso pedagógico de la filosofía por el que hemos iniciado este escrito. Un interés pedagógico manifestado y concretado en la preocupación permanente por la formación del hombre y la constitución de un carácter, de una forma de ser y de percibirse.

ALGUNAS REFLEXIONES FINALES.

En esta idea frente a la finalidad de la educación del hombre mediante los ejercicios espirituales que propone o son tomados de la filosofía o que la constituyen (como los formulados por las escuelas greco-romanas y de los cuales no se excluyen los ejercicios teóricos y teoréticos) nos es de gran ayuda la analogía retomada por Hadot frente a la escultura como arte superior entre los griegos. Cito en extenso:

“[...] la estatua preexiste en el bloque de mármol y basta con arrancar lo superfluo para hacerla aparecer. Esta representación es común a las diversas escuelas filosóficas: las desgracias del hombre provienen de su esclavitud frente a las pasiones, es decir, de su anhelo de cosas que pueden escabullirse al ser exteriores, extrañas a él, superfluas. La felicidad hay que buscarla, por tanto, en la independencia, la libertad, la autonomía, o lo que es lo mismo, en el retorno a lo esencial, a lo que constituye verdaderamente nuestro «yo» y a cuanto depende de nosotros” (Hadot, 2006: 50).

Una vez preparado el espíritu se inicia la búsqueda de la sabiduría. Es esta la labor de la filosofía asumida, como la entienden y practican los griegos en opinión de Hadot, como ejercicio espiritual. Para nuestro autor:

“Si los cristianos pudieron tomar la palabra *philosophia* para designar esa perfección de la vida cristiana que representa el monaquismo, se debe a que la palabra *philosophia* significaba en efecto un modo de vida, de tal manera que al conservar la palabra los “filósofos cristianos” se vieron llevados a introducir en el cristianismo prácticas y actitudes heredadas de la filosofía profana. No tiene por qué sorprender: la vida filosófica profana y la vida monástica tenían en el fondo muchas analogías”. Y unas líneas más adelante, continúa: “El cristianismo es indiscutiblemente un modo de vida. No plantea pues ningún problema el que haya sido presentado en calidad de filosofía. Pero, al hacerlo, adoptó ciertos valores y ciertas prácticas propios de la filosofía antigua” (Hadot, 1998: 268).

“Cualquier ejercicio espiritual supone pues, fundamentalmente, el regreso a sí mismo, con lo cual el yo se despoja de la alienación en el que lo habían sumido sus preocupaciones, las pasiones, los deseos. Liberado por fin de esta manera, el yo deja de ser esa individualidad nuestra, egoísta y pasional, para convertirse en sujeto de moralidad, abierto a la universalidad y a la objetividad, participando de la naturaleza o del pensamiento universal” (Hadot, 2006: 50).

Allí se hace ciudadano y dueño de sí en la medida en que se gobierna a sí mismo. En ese retiro hacia sí mismo para encontrarse, se hace partícipe y miembro de la *polis*. En este sentido es que se aduce que es más exacto hablar de humanismo en el mundo griego en tanto el individuo se reconoce miembro, partícipe del género humano. Por esta misma razón, en el contexto griego, el ciudadano, el filósofo, el hombre en estricto sentido, sólo puede serlo el varón libre, dedicado a la contemplación, a la búsqueda de la sabiduría. Y no así el esclavo o el extranjero quienes se dedican a las labores manuales y no a las del espíritu. Ni tampoco, y esto es más problemático aún, ni los niños ni las mujeres, pues los primeros aún no son hombres y las segunda, dependen de sus varones⁹.

Recordemos que el filósofo no es un sabio, pero tampoco es un no-sabio por cuanto se encuentra en constante búsqueda de la verdad, de la sabiduría. “Se encuentra constantemente escindido entre una existencia no filosófica y una vida filosófica, entre el ámbito de lo habitual y cotidiano y el territorio de la conciencia y la lucidez” (Hadot, 2006: 51). La filosofía, como ejercicio espiritual, implica un apartamiento de lo cotidiano pero no en el sentido de abstraerse de él, sino en el sentido de problematizarlo, cuestionarlo a partir de un sentimiento inaugural de asombro y admiración. “Se necesita ampliar la perspectiva crítica a fin de interrogar de *otro modo* la misma verdad, la misma moral” (Cano, 2000: 71). Es decir, precisa más adelante Cano, “para ello, el filósofo cultural incorpora la temática de la “lucha del sujeto consigo mismo” con objeto de ir *más allá* de los límites del propio tiempo” (Cano, 2000: 71). Esto no es otra cosa que ampliar los escenarios de problematización vigentes con el fin de subvertir los regímenes de veridicción hegemónicos.

⁹ “Para Aristóteles [...] el varón libre de Atenas "es" el hombre; los varones esclavos no son hombres, y la mujer no tiene capacidad plena electiva y el niño está en potencia. De manera que los únicos que son hombres, son los varones libres, los únicos miembros de la *polis*, porque solamente él es un *zoón politikón*” (Dussel, 1991: 94). Sin embargo, estudios recientes están dedicados a demostrar que la mujer en el mundo griego desempeña un rol fundamental y aunque hay una tendencia generalizada a subvalorar su lugar, se destacan importantes figuras femeninas. De hecho existen mujeres filósofas como el caso de Aspasia de Mileto que además de promover el pensamiento y la cultura en la época de Pericles se destacó como protectora de Protágoras. También encontramos mujeres filósofas vinculadas a las escuelas epicúrea y estoica, tanto en Grecia como en Roma, por ejemplo, Diótima de Mantinea, filósofa y sacerdotisa griega. Por su parte Hiparquia de Tracia (siglo IV ac) aparece entre los cínicos. Hipatia de Alejandría, quizás la figura femenina más reconocida del período helenístico y de la antigüedad en general por su labor en la astronomía, las matemáticas y la filosofía. Otro ejemplo, este ya en el mundo romano, es el caso de Domicia Lucila madre de Marco Aurelio, quien incidió radicalmente en la formación de su hijo, tanto como emperador como filósofo.

Implica, pues, un extrañamiento frente a la cotidianidad incluyendo las propias creencias, con el propósito de dismantelar el velo de lo rutinario, mecánico y naturalizado que usualmente rodea y distorsiona la realidad misma y sume en la confusión, en la costumbre automática, en la opinión infundada, en la superficialidad de las falacias y de la irreflexión.

Afirma Hadot, refiriéndose a los ejercicios dialógicos de Sócrates:

“Se trata pues mucho menos de poner en duda el saber aparente que se cree poseer que de un cuestionamiento de sí mismo y de los valores que rigen nuestra propia vida. Pues en resumidas cuentas, después de haber dialogado con Sócrates, su interlocutor ya no sabe en lo absoluto por qué actúa” (Hadot, 1998: 41).

De esta manera, mediante este ejercicio filosófico realizado como práctica de sí, el interlocutor de Sócrates “Toma conciencia de las contradicciones de su discurso y de sus propias contradicciones internas. Duda de sí mismo. Llega, al igual que Sócrates, a saber que no sabe nada. Pero, al hacerlo, se distancia con respecto a sí mismo, se desdobra” (Hadot, 1998: 41). En consecuencia, se lleva a cabo en el interlocutor una conciencia de sí; un cuestionamiento de sí mismo y a sí mismo. Significa la persistencia de la pregunta inquietante, incómoda, creadora y movilizadora.

Es en este sentido que el ejercicio filosófico conduce a una conversión, a una transformación en el modo de ver el mundo y de estar en él, a una metamorfosis de la personalidad. “se trata de una conversión, de un cambio absoluto de visión, de estilo de vida, de comportamiento” (Hadot, 2006: 51). Y más adelante continúa el filósofo: “cada una de las escuelas filosóficas proponía a sus discípulos una nueva forma de vida. La práctica de los ejercicios espirituales implicaba la total inversión de los valores aceptados” (Hadot, 2006: 51).

Puntualiza Arnold Davidson en el suscito y esquemático recorrido por los planteamientos hadotianos presentado en el prefacio al texto de Hadot, *Ejercicios espirituales y filosofía antigua*:

“Hadot se enfrenta a la representación de la filosofía «reducida a su contenido conceptual» y «sin relación directa en ningún caso con la manera de vivir del filósofo». Cuando la filosofía se convierte meramente en discurso filosófico sin vincularse o integrarse en una forma de vida filosófica padece una extrema alteración. La filosofía empieza entonces a parecerse a una disciplina de carácter fundamentalmente escolar y universitario, y el filósofo se transforma, según la fórmula de Kant, en un «artista de la razón» interesado tan sólo en la pura especulación” (Davidson, 2006: 13)

Ya para terminar, vale la pena recoger una cita de Hadot que retoma Arnold Davidson (2006: 13) y que resume muy bien la postura del filósofo francés frente a la filosofía como ejercicio espiritual y práctica psicagógica: “¿Qué es finalmente lo más útil al hombre en tanto hombre? ¿Acaso discurrir sobre el lenguaje o sobre el ser y el no ser? ¿No sería más bien aprender a vivir de un modo más humano? (Hadot, 2006: 301).

Esta insistente preocupación por aprender a vivir bien acerca a la filosofía en su valor ético-formativo en tanto práctica psicagógica, a una acción intencionadamente pedagógica. Aloja y se nutre de un interés constante por incidir en el auditorio, en el interlocutor, en el lector, e inducirlo a asumir esta actitud existencial desde su propia experiencia para problematizar, indagar, reflexionar y decidir autónomamente sobre sí mismo y su relación con el mundo. Ser artista de su propia existencia. Artífice de su ser. Más que un cúmulo de teorías magistralmente refinadas y cuidadosamente sustentadas en busca de adeptos y replicadores, la filosofía es, en el sentido griego, la confrontación permanente como arte de vivir.

Referentes bibliográficos.

- Cano, G. (2000). **Como un ángel frío. Nietzsche y el cuidado de la libertad**. Pretextos. Valencia.
- Castro, R. (2008). **Foucault y el cuidado de la libertad**. LOM Ediciones. Santiago de Chile.
- Davidson, A. (2006). Prefacio. En: Hadot, P. (2006). **Ejercicios espirituales y filosofía antigua**. Ediciones Siruela. Madrid.
- Foucault, M. (2009). **Hermenéutica del sujeto**. Traducción de Horacio Pons. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.
- Hadot, P. (2006). **Ejercicios espirituales y filosofía antigua**. Traducción de Javier Palacio. Ediciones Siruela. Madrid.
- Hadot, P. (2009). **La filosofía como forma de vida. Conversaciones con Jeannie Carlier y Arnold I. Davidson**. Traducción de María Cucurella Miquel. Ediciones Alpha Decay. Barcelona.
- Hadot, P. (1998). **¿Qué es la filosofía antigua?**. Traducción de Eliane Cazenave Tapie Isoard. Fondo de Cultura. México.
- Jaeger, W. (2010). **Paideia: Los ideales de la cultura griega**. (2ª ed.). Traducción de Joaquín Xirau y Wenceslao Roces. Fondo de Cultura Económica. México.
- Noguera, C. (2012). **El gobierno pedagógico. Del arte de educar a las tradiciones pedagógicas**. Siglo del hombre editores. Bogotá.
- Zuleta, E. (1995). **Educación y Democracia**. Hombre Nuevo Editores. Medellín.

Recibido en octubre de 2014.

Aprobado en noviembre de 2014.